

LOS NOVELES

Lectura ONLINE/FORMATO PDF

Durmiendo en el agua

Rocío Qespi-Agnoli
Mundo Ajeno Editores

Cuentos
Perú, 2008
100 pp.
ISBN: 978-603-45167-5-5

Este fragmento es posible gracias a:



mundo
ajeno

www.mundoajeno.com

Material protegido © 2008 Mundo Ajeno Editores

El cuarto mandamiento

Rocío Qespi-Agnoli

Vistiendo una falda tableada a cuadros, con zapatos negros de charol, medias cubanas y una blusa blanca, Martina se agacha debajo de las faldas etéreas de una joven mujer, a quien nunca había visto antes. La niña se siente recogida y feliz, bajo estas faldas que flotan revelándole a una princesa mágica sin piernas. El hada de ilusión tiene largos cabellos negros y rizados, con ojos oscuros pero rostro indefinido. Lleva un vestido que parece de tul, mucho más azul que un cielo despejado, brillante y luminoso. Sus mangas son largas y estrechas, y el traje se le ciñe al talle. A partir de la cintura salen unas enormes faldas mundo, que vuelan como un mantel que se airea. Algún viento suave e indeterminado sostiene las faldas de la princesa mágica. Hay mucha luz, todo está bien, Martina se siente feliz y protegida, hasta contenta. Como cuando llega su cumpleaños y tiene una fiesta grande. La única vez en el año en que la niña de diez años se siente importante. Fuera de esa fecha, nunca lo ha sido, no lo va a ser. Le espera una vida oscura y amorfa como la gordura que su madre le impreca cada vez que tienen que ir a comprarle ropa. Martina se estremece al recordar la primera parte del sueño. No sabe dónde está, todo es oscuro y tenebroso. La niña mira un horizonte espantoso, lo domina una especie de caracol enorme que amenaza invadir todo el espacio con su concha marrón. Martina imagina que el caracol es una máquina infernal que late debajo de la tierra, que crece cada vez más, hasta arrollarla y sacarla del espacio de sus sueños. Y cuando cree morir aplastada bajo el peso del caracol, sale expelida por un túnel que la deposita debajo de las faldas flotantes de la mujer joven, mezcla de todas las princesas que se ha imaginado al leerse los cuentos de hadas acumulados en la biblioteca y que solo ella lee. La princesa mágica la rescata del caracol gigante y le ofrece un mundo luminoso, caliente y protector. Martina se siente tan feliz que no se quiere despertar. Pero la despiertan. Hay que levantarse, vestirse, ponerse ese horrible uniforme gris, tomar desayuno a la fuerza aunque no tenga hambre, y salir para el colegio en el carro del padre, que la llevará a ella y su hermana antes de irse a la oficina. Así comienza cada día, tomando una leche espesa con cacao cuya nata se tiene que tragar aunque no le guste, comiéndose un pan francés con mantequilla que no le sabe a nada porque hay que comer tan rápido y no lo puede sopear. Finalmente están ella y su hermana, comidas y arregladas en el garaje, esperando que su padre salga. Pero él, para variar, se demora. él, que las ha apresurado tanto con la amenaza de dejarlas varadas si no están listas cuando salga. él que tiene un mundo tan ocupado fuera de la casa, no sale. Pasan cinco, diez, diez y siete minutos y se trepan en el carro. El padre viene corriendo, lo hace todo rápido.

En el tráfico de la ciudad pega bocinazos, se enfada, le pega al timón y me da más miedo que antes. Prende la radio, busca impaciente entre las estaciones hasta encontrar la que le gusta. Y nos hace escuchar, cada mañana cuando nos lleva al colegio, esas marchas militares que nos recuerdan que un cholo militar ha sacado al presidente y se ha puesto él en su lugar. Un cholo resentido que quiere hacerle la vida imposible a los ricos y a los blancos, a cualquier blanco aunque no sea rico. Ser blanco en este país se ha convertido de la noche a la mañana en un estigma. De ser los que aborrecen han pasado a ser los aborrecidos. Y yo soy la más blanca de mis hermanos, la que se parece más a mi madre. Yo nací así, yo no pedí que me hicieran blanca, o chola, o negra, o la mezcla de todo eso. Yo simplemente nací así.

Mi hermana y yo jugamos en el hotel de Chíncha donde hemos venido a pasar un puente de semana santa. Han aparecido otros niños que también están en el hotel y jugamos con una pelota. Fuera de la mirada de mis padres, jugando espontáneamente con otros niños que se acercan a mí, aunque sea blanca, fea y gorda, me siento bien, hasta alegre. Alguien tira la pelota muy alto, y para lucirme salto lo más que puedo y la atrapo. Los otros chicos se sorprenden y creo ver en sus caras una mirada de aprobación por jugar bien. Estoy contenta, muy contenta. Otra vez viene la pelota muy alto y me estiro para alcanzarla. Pero la curva de la pelota pasa mucho más lejana de lo que espero y salto con todas mis fuerzas. Con todas mis fuerzas. Con todas mis fuerzas, caigo al pasto y mi cuerpo gira sin control hasta caer sobre la enorme luna de una ventana del hotel. La luna no se rompe porque es muy gruesa pero se raja totalmente. No entiendo aturdida lo que me pasa. Los amigos espontáneos desaparecen más rápido que conejo de mago y mi hermana me mira sin decir palabra. Un jardinero que lo ha visto todo da la voz. Veo a mis padres venir hacia mí. Mi hermana sigue estática pero no hay ninguna expresión en su cara que me permita leer lo que piensa. Creo que no sabe lo que va a pasar. Tampoco lo imagino yo. Mi madre se queda a unos tres metros de la ventana en cuya luna sigo pegada. Mi padre se acerca y yo hago un esfuerzo para incorporarme, lo logro y le muestro que estoy bien a pesar del golpe. Mi padre no dice nada, tampoco puedo leer sus pensamientos. él me mira fijamente, aprieta los labios hacia dentro y, desde su altura de hombre grande, adulto y fuerte, me da tal bofetón en la cara que me tira de nuevo al suelo, al mismo tiempo que me siento totalmente mojada y caliente entre las piernas. Mi madre y mi hermana miran la escena indiferentes, ninguna dice nada, ninguna protesta, ninguna me defiende. Creo que eso es peor que el bofetón de mi padre. Me duele más comprobar que ellas tienen tanto miedo como yo. Tirada y mojada en el suelo por mis propios orines, lloro. Lloro amargamente, sin protestar, sin decir siquiera que yo no soy la única culpable. Lloro sin decir que somos todos los chicos, incluso mi hermana, los que hemos jugado con la

pelota. Lloro porque he esperado que me pregunten si estoy bien o no, si no me he hecho algún rasguño con la luna de la enorme ventana. Lloro porque en lugar de recibir cuidado me pegan, me pegan una vez más, de manera formidable y humillante. Lloro porque el que me pega es mucho más grande que yo y no lo puedo enfrentar. Lloro aterrorizada y no digo una palabra más, porque sé que si lo hago no recibiré más que gritos y tal vez un segundo bofetón por insolente. Lloro amargamente tirada al lado de la luna rajada, de mi alma, mi orgullo y mi respeto hechos añicos. Y pienso que mi padre se parece al cholo dictador resentido que ahora tiene el poder, y mi madre se pliega cobardemente como los blancos asustados a quienes se les han quitado los latifundios. Tengo tanta vergüenza que quisiera hacer un hueco en la tierra y meterme en él y desaparecer para siempre. Quisiera atravesar un espejo como el de los cuentos que he leído y mudarme de mundo para evitar sus bofetones injustos. Pero mis hadas con varitas mágicas solo existen en los libros de la biblioteca, y ahora están muy lejos.

Horas más tarde, echada en la cama de su cuarto de hotel, Martina se sigue tragando las lágrimas por la humillación, la ofensa y la injusticia. Su abuela le ha dado un pequeño catecismo con tapas que asemejan al marfil sin serlo y una cerradura de metal como el de los diarios de las chicas. Una crucecita de metal sobresale de la tapa en alto relieve, y una cinta blanca se ubica caprichosa entre las páginas de borde dorado con purpurina. La abuela de Martina se lo ha dado para consolarla rezando a Dios. Dios, ¿dónde estás para permitir esas cosas? ¿Rompí la luna a propósito? No. ¿Por qué dejas que abusen de mí? ¿Por qué no se abrió el cielo para dejar pasar tu luz santa y dejaste escuchar tu voz grave para defenderme? ¿Acaso no estás en todas partes y lo ves todo, todo el tiempo? Martina abre el librito y lo hojea con desencanto. En una página encuentra los mandamientos de la ley de Dios que se ha tenido que memorizar en el colegio para el examen de Religión. Amarás a Dios sobre todas las cosas (Dios me da igual, la verdad. Nunca lo veo). No tomarás su santo nombre en vano (nunca he jurado por Dios, por otras cosas sí, pero por Dios, no. Cómo voy a jurar por alguien que no veo). Guardarás las fiestas (siempre nos dan feriado en el colegio y me alegro). Honrarás a tu padre y a tu madre, honrarás... Martina se detiene y lo lee varias veces para metérselo en la cabeza. Honrarás... honrarás... honrar... matar... ¿y si los matara?... honrar... matar. Matarás a tu madre y a tu padre, claro, y luego los honraré en su entierro. Martina se ha calmado un poco, deja el librito y se acurruca en la cama. Cierra los ojos buscando desaparecer. Con las mejillas calientes por el llanto, se duerme.

¿Veneno? No sé, sí, tal vez. ¿Y si le lavan la barriga y sobrevive? Si llega a saber que le puse veneno en el ají que siempre se echa en la sopa, me mata a bofetones, ahí sí. Lo fantástico sería vaciarle los frenos al carro, como en las películas. Sí, que salga y se estrelle al son de las marchas militares que escucha. Tendría que hacerlo un día que no nos lleve al colegio, un día que salga solo a ver a esa mujer que no es mi mamá. Pero eso nunca lo sé. Tampoco sé dónde están los frenos de un carro. Y no puedo pedirle ayuda a nadie. ¿Cortarle el cuello mientras duerme por la tarde? ¿Y si abre los ojos cuando lo estoy haciendo? No me atrevería a seguir. Una vez vi una película en la tele en que alguien mataba a otro poniendo cianuro en las velas. Pero ya no usamos velas, solo en los cumpleaños y no resulta suficiente. ¿Cómo lo hago? ¿Cómo lo mato? ¿Cómo hago para que desaparezca? ¿Por qué no se va con la otra mujer? ¿Por qué mi mamá no le dio el divorcio cuando él se lo pidió hace años? ¿Por qué no se muere uno de esos domingos en que viene borracho de ver a sus paisanos manejando como un Fitipaldi? ¿Por qué tiene tan buena suerte? ¿Por qué tuvo él que ser mi padre? Martina piensa y piensa sin descanso cuál es la mejor forma de deshacerse de su padre. Piensa cada vez que termina de leer uno de sus cuentos, escondida entre el sofá amarillo y las cortinas de aquel salón de la casa, reservado sólo para las grandes fiestas. Ese salón le fascina porque siempre está oscuro, con las cortinas de tul y las otras cortinas gruesas siempre corridas. El salón tiene un olor particular que Martina identifica muy bien. Un olor a guardado, a falta de luz y aire, un olor que para ella huele a refugio. Entre el gran sofá amarillo y las cortinas ha encontrado un lugar seguro y cómodo, para esconderse e irse de su casa cada vez que lo quiera. Allí lee, fantasea, duerme a veces. Hay arañas, pero le han hecho un espacio a Martina y conviven sin molestarte. Martina no las aplasta y las arañas no la pican. Las arañas son buenas madres, piensa Martina. Tejen su casa, la cuidan, la preparan, la llenan de huevos. Alguien le ha contado que cuando el macho fecunda a la hembra, ésta lo mata porque ya no lo necesita. ¿Por qué no aprenderemos de las arañas?, piensa Martina. Una voz lejana le interrumpe la reflexión sobre las arañas. La madre la llama para algo y Martina no responde de inmediato. Deja que su madre llame una y otra vez hasta que decide salir de su escondite, que nadie debe conocer. La madre le dice que se vista para ir a las clases de ballet. ¡Qué asco!, piensa Martina. ¿Para qué quiere su mamá que vaya al ballet? Se tiene que poner esas mallas ajustadas y pegadas al cuerpo, todas rosadas, y esas zapatillas de ballet con la planta dura de madera. Martina es la niña más gorda del grupo y una de las más pequeñas. Sus ojos achinados en su cara redonda acentúan sus rasgos mestizos, aunque para su padre sea blanca y, por eso, despreciable. Su hermana, más grande que ella y más mestiza aún, sí que está bien. Cecilia es grande, siempre fue grande, nació grande. Era tan grande que su padre creía que iba a ser hombre. Pero Cecilia nació niña. No le importó mucho al padre al final. Era tan grande y tan rolliza que parecía futbolista. Cecilia siempre demostró mucho carácter desde que nació. No

dormía por las noches y se la pasaba haciendo ruidos extraños. Aunque se demoró mucho en hablar, siempre dejó clara su voluntad. Dos años después llegó Martina, pequeña, tranquila, dormilona. Martina se satisfacía con la leche de la madre, dormía toda la noche y nunca hacía ruido. Su madre la creyó una bendición después de las noches en blanco con Cecilia. La abuela le había contado a Martina que su padre no estuvo en el hospital cuando ella nació. Nadie sabía dónde estaba, seguro que con otra mujer. La niña tímida y tranquila, cara opuesta de su hermana, creció confirmando ser hija de su madre y nieta de su abuelo. Por eso el padre no la quería. Cecilia había salido tosca y chola como él, tenía el carácter de un muchacho. Martina era blanquiñosa, callada y seguramente debilucha como su madre.

Mi abuela también me había dicho que mi padre no me quería porque pensaba que yo no era su hija. Pero mi madre católica, apostólica y romana, que no había querido darle el divorcio cuando se fue a vivir con otra mujer, era incapaz de ser infiel. Al final, no importaba. De cualquier modo yo tampoco lo quería. Me habría gustado tener otro padre, pero me tocó éste de mala suerte. Así que había que deshacerse de él y dejar sólo mujeres en la casa: mi madre, mi abuela, Cecilia, las empleadas y yo. Eso sí que sería el paraíso, como las veces que mi padre se iba de viaje y nos quedábamos todas las mujeres solas en la casa. "Se va el gato y salen los ratones" decía mi abuela, mi abuela que odiaba a mi padre por ser indio precisamente. Y él me odiaba a mí porque yo era blanca. Cuando él se iba de viaje, mi madre nos permitía, a Cecilia y a mí, dormir en su cama con ella. Era muy bonito despertarse y ver a mi mamá leyendo en la cama o tomando el desayuno con una bandeja con patas. Yo podía hacer que alcanzáramos ese paraíso y que se quedara entre nosotros. Nadie lo haría sino yo.

Una vez más se celebra el cumpleaños del padre de Martina con una comida, a la que sus amigos más queridos vienen. Estos llegan con sus esposas sonrientes, que llevan peinados y tacones altos. Rápidamente los hombres y las mujeres se separan en dos grupos. Ellos beben whisky y ellas un licor suave, como corresponde a las señoras. A Cecilia y a mí, que nos han vestido de niñitas domingueras, nos hacen pasar las servilletas blancas y los bocaditos salados que acompañan al cóctel. Las mujeres nos dicen a las dos que qué grandes estamos, que si nos gusta el colegio, que qué queremos ser cuando seamos grandes. Cecilia, que sabe manejar muy bien sus preferencias, dice que quiere ser administradora, como su papá. Yo no sé qué responder. Nunca me he puesto a pensar qué quiero ser cuando sea grande. Ni siquiera sé si quiero ser grande. Porque si ser grande significa ser como mi mamá o mi papá, no tengo ganas de ser grande. Yo quiero ser como Alicia en el país de las maravillas, cruzar el

espejo de un cuento y participar en la fiesta de alguna princesa y ver todo lo que pase en el cuento de cerca. Quiero hablar con duendes y animales, dormir en una casa de jengibre y escapar de la bruja mala antes de que ella me coma. Quiero perderme en un bosque y encontrar en el medio un castillo de hielo y luz, con una reina que me acoja y me enseñe trucos de magia y me cuente muchas historias. Con ella paseo a través de las paredes transparentes de su castillo. A veces veo en ellas a hombres y animales atrapados, condenados a un frío eterno. La reina de las nieves me dice que no se han portado bien con ella y por eso reciben un castigo. Me parece bien. Yo me porto bien y me castigan. ¡Cómo será cuando me porto mal! Nunca me he portado mal a propósito. Tengo tanto miedo que no sé lo que es eso, portarse mal porque sí, no de casualidad. La reina del castillo helado y luminoso me ha dado un frasco tan mágico como ella. Es tan bonito que no lo tomo de inmediato y lo miro fascinada. "Tómalo", me dice ella con una voz llena de ecos, "tómalo y úsalo cuando lo necesites."

Al terminar la comida, los hombres, incluyendo a mi padre, están borrachos y se les cierran los ojos. Sus mujeres, con sonrisas de cartón, los tratan de sostener y les siguen la cuerda en la conversación para que no se pongan violentos. Mi padre se pone a hablar de política y elogia sin parar al cholo dictador que lo hace sentirse finalmente superior a los blancos. Aunque sea mestiza, para él soy blanca y los blancos son el enemigo que hay que pisotear y humillar como ellos han humillado a los indios por casi quinientos años. En el colegio, no soy blanca, soy chola y mis compañeras me lo refriegan todo el tiempo. Soy chola y encima gorda, aunque mi segundo apellido suene gringo. Pero ahora que lo veo borracho una vez más, haciéndole pasar vergüenza a mi madre con sus comentarios desatinados y resentidos, ya no me importa ser blanca para unos y chola para otros. Yo sólo quiero que él desaparezca, como sea, cuando sea, donde sea. Que se vaya y nunca regrese. Uno de sus amigos borrachos ha tenido la genial idea de que cada uno diga lo que siente por su amigo, hoy, el día de su onomástico. Odio al amigo y su idea como a mi padre. Ahora habrá que decir palabras rebuscadas que para mí no serán sino mentiras repugnantes. Si dijéramos la verdad, la verdad que no existe en esta casa mientras él esté con nosotros, me castigarían y me condenarían al destierro de mi cuarto por varios días. Los invitados empiezan a hablar sandeces, trozos de frases repetidas en las tarjetas de felicitación, palabras que no se las cree nadie: "Es un gran hombre, honrado, trabajador, honesto". "Es un gran padre de familia, nunca le falta nada a sus hijos". "Es un gran amigo, siempre hay cariño en su casa." Gran, gran, gran. De "gran" sólo tiene el comienzo del apellido, Granda. Los hombres borrachos, incluido mi padre, con los ojos a medio cerrar y una sonrisa floja, asienten con la cabeza cada comentario que les guste, aunque sepan que son mentiras dichas por el miedo. El miedo, el miedo que me señorea desde que lo puedo recordar. El miedo con el que quiero acabar lo más pronto posible. La liberación del miedo que le quiero regalar a mi madre, a mi abuela, incluso a mi hermana para festejar nuestro paraíso cotidiano. El miedo

me ha conducido de la mano a la copa de vino tinto que mi padre bebe, después del whisky y la cerveza. Esa nueva copa que le he llevado de la cocina, llena de vino nuevo, porque la otra la había derramado de un manotazo torpe al querer servirse él mismo. Contaba con eso, él hacía siempre lo mismo cuando estaba borracho. El alcohol lo ponía torpe y terminaba manchando los manteles primorosos de mi madre al intentar servirse más vino. Había siempre que reemplazar la copa rota y desparramada con una nueva. Una nueva que yo traje, con la pócima que me había dado la reina del castillo de hielo, y que había mezclado con el vino tinto que mi madre me había pedido servirle. Veía cómo se acercaba mi turno, con terror por las cosas asquerosamente elogiosas que tenían que salir de mi boca para alabar a este hombre borracho que me había enseñado sólo el miedo. Empecé a pensar lo que tendría que decir sin que me temblara la voz de la rabia contenida y de la nueva humillación que me dolía tanto como el bofetón de Chíncha. Mientras lo hacía, una tía soltera y querida repetía formulismos para salir del paso y quedar bien ante la invitación. Mi tía había apenas comenzado cuando mi padre se puso blanco como un papel y empezó a sudar frío. Unas horcajadas remecieron su cuerpo y se levantó violentamente de la mesa. Antes de terminar de levantarse, cayó al suelo retorciéndose de dolor. Los invitados se abultaron a su alrededor sin saber qué hacer. Pensaron que eran los inicios de los diablos azules por la mezcla de la borrachera y la emoción de tanto elogio, aunque solo fueran palabras hechas. Mientras reaccionaron llamando a un médico o a emergencia, el veneno ya había hecho su efecto. Le perforaría el estómago, como él me perforó la cara con sus bofetones.

Mi madre y mi hermana se ocupan de rodearlo con caras culpables, pensando lo mismo que yo probablemente, pero sin decirlo. Ese hombre, mi padre, se retuerce en el suelo con dolores inexplicables. Suena una sirena a lo lejos, vienen los médicos de emergencia. Ojalá no lleguen a tiempo. Todo lo dejo en manos de Dios, si existe. Llegan finalmente, despejan el comedor, le ponen inyecciones para detener lo que se tenga que detener. Pero nada se detiene. La naturaleza y los mandamientos de la ley de Dios siguen su rumbo sin detenerse. Mi padre se sigue retorciendo como un gusano atacado, echado en el suelo como una marmota. La marmota, como me llamaba cuando me veía mirar televisión. O cuando me vio, vestida para la primera comunión y me dijo, también borracho: "Moby Dick. Eres la ballena blanca, Martina." Dicen que cuando uno se está muriendo, se acuerda de sopetón de todo lo que ha hecho en su vida. Ojalá tú lo recordaras como lo recuerdo ahora. En uno de tus revolcones, nuestros ojos se han encontrado. Y por primera vez en diez años de miedos y ansiedades, nuestros papeles se han invertido. He visto el miedo en tus ojos de cadáver exquisito. Y debes haber visto en los míos todo el odio que te tengo, este odio acumulado y callado desde que me di cuenta de que formabas parte de mi mundo. Por error. Estás en mi mundo por error. Y te tengo que sacar de aquí. Los médicos no pueden hacer más y te llevan de la

casa. Espero que no vuelvas. Mi tía soltera me abraza para que no vea cómo te llevan. Esa noche, como raras veces en años, duermo sin una piedra en el estómago. Espero que cuando amanezca, te hayas ido para siempre.

Es verano y no tenemos colegio. Mi madre ha suspendido esta vez las vacaciones útiles por duelo. No sabe que no me importa. Es justamente lo contrario, odiaba las clases de ballet donde me enrollaban como una funda de plástico rosado y se acentuaban mis rollos. Mi madre cambia cosas de la casa mientras encuentra una nueva. No le gusta la idea de que nos quedemos allí desde que él se fue. Mi abuela cose. La muchacha riega el jardín. Mi hermana escucha música encerrada en nuestro cuarto o habla largas horas por teléfono con amigas. Yo leo en el salón escondido, leo mis historias mágicas y sueño con escribirlas. Sueño. Lo único que me apena en nuestro paraíso de mujeres es que desde que él se fue, no he vuelto a soñar con la princesa mágica que me acogía bajo sus faldas, ni con el caracol gigante que me arrollaba sin piedad. Tampoco he vuelto a leer el cuento de la reina de las nieves. Lo he guardado por si acaso. No vaya a ser que lo vuelva a necesitar. O que alguno de mis hijos lo necesite.

LOS NOVELES

Lectura ONLINE/FORMATO PDF

www.losnoveles.net

Sobre la autora

Rocío Qespi-Agnoli nació en Lima, Perú. Estudió Lingüística y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha estudiado y trabajado en diversos países (Alemania, España, Francia, Taiwán) y obtuvo el doctorado en Literaturas Hispánicas en la Universidad de Brown (Estados Unidos). Desde 2000 trabaja en el departamento de Español y Portugués de la Universidad Estatal de Michigan y dirige, desde 2007, el Centro de Estudios Integrales en Artes y Humanidades de la misma institución. Ganó el Accesit de Cuentos del premio La Regenta de Salamanca (1998) con el «El cuarto mandamiento». Este cuento ha sido incluido en el volumen sobre narrativa y derechos humanos *Writing Toward Hope* editado por Marjorie Agosin (New Haven: Yale UP, 2006). «El cementerio de Acarí» recibió el premio de la Asociación Atenea (Salamanca, 1999) y quedó como primer finalista del XII certamen de narrativa femenina Ana María Matute (Madrid, 1999). Fue publicado luego en *Ellas también cuentan* (Madrid: Torremozas, 2000) y ha sido publicado en inglés en la revista *Metamorphose. A Journal of Literary Translation*.16.1 (2008). Su cuento «Para visitar museos» ha sido publicado en Alemania como «Ein Besuch im Museum.» *ILA Latina* 224 (1999) y «Federico» en *Letras Femeninas* 24 (1998). Alexandra Szewczyk ha traducido todos los cuentos de esta colección como parte de su proyecto final de Maestría de Traducción en la Universidad de Rutgers (2008) y planea una publicación en inglés de la colección.